

Se supone que, al cabo de cuarenta y cinco años –toda una vida– dedicados en gran parte a la práctica de los poemas, algo habrá aprendido el poeta de su oficio, por escasa capacidad de reflexión que le hubiere sido dada; se supone que el oficio, desde el momento en que tiene una incidencia (tal vez imposible de signo y de cuantía) en la sociedad, le habrá suscitado al poeta alguna que otra pregunta, no ya sobre su ser –del que, si es lírico, nos habrá dado noticia exhaustiva–, sino sobre su estar en el mundo. Y se supone que, en contacto con su propia obra y su propia sociedad, algo habrá reflexionado y quizá articulado en palabras más o menos transmisibles, más o menos inteligibles, sobre la poesía y el mundo.

Tal vez se suponga demasiado. Con las manos encenegadas por un material resistente y sucio –la palabra: la única materia artística cargada de significado antes de su manipulación–, acosado por una sociedad incivil que le exige justificación de todos y cada uno de sus actos, y aún de sus omisiones, cuando esa misma sociedad tolera y hasta mira con simpatía la usura bancaria, el asesinato impune, las culturas del desperdicio y del desprecio al prójimo, la política venal o logrera o acomodaticia, ante semejante acoso, digo, no es extraño que el poeta opte por el silencio cuando se le pregunta por la poesía o salga con el sol por Antequera, evadiéndose con la cita de tal o cual ensayista o crítico bienquistos a los fabricantes del canon, intangible paraíso de los nombres aceptados sin que nadie, en definitiva, justifique por qué.

Justificación. Recibo carta de un editor determinado. Es carta circular en la que se me comunica que, para figurar en una muy concreta antología con pocos poetas más, he sido seleccionado por un indeterminado e innominado grupo de personas consultadas. Se me pide una breve justificación de mi poesía. Justificar ¿qué?. ¿Es un crimen escribir poemas, leerlos en público, editarlos? ¿Es un crimen respirar, beber agua con sed, comer si lo exige el apetito, *haber ayuntamiento con fembra placentera* si la carne resucita y pide proclamar su plenitud de vida? Y ¿ante quién, ante quiénes debo justificarme? ¿Quiénes son esos jueces de velado rostro que expelen desde sus ocultas bocas un aliento pestilente contra mi nuca?

Me gustaría, con el maestro Luis de León, decirles que la poesía es participación del aliento celestial y divino; pero el cielo está repleto de agujeros negros, de materia inconcreta, de antimateria y oscuridad, y el dios, o los dioses, hace mucho, mucho tiempo que callaron, y su silencio es peor que una ausencia o la nada. Preguntamos y nadie nos responde; reclamamos los antaños que hemos vivido y nuestra propia vida nos desasiste. El aliento divino, que podría moldear nuestras bocas, herir nuestros labios, pegar nuestras lenguas al paladar cuando dijéramos una mentira, cuando menospreciáramos al prójimo, cuando cantáramos en el verso las excelencias de una amada prostituida o maltratada o cosificada en la dura prosa cotidiana, cuando vertiéramos en el poema el amor paternal que negamos a nuestros hijos

mientras pacemos los verdes prados del edén cotidiano con los hijos del otro, ese aliento celestial y divino nos permitiría emitir sucesiones de sonidos llamados a esplendor y decir, con Larrea, que poesía es esto y esto y esto.

Porque no hay más poesía que la contenida en los poemas, sea cual fuere su forma, desde el verso sometido al rigor de la métrica, de cualquier sistema, a la prosa sujeta al imperecedero rigor del número. Nos lo advirtió Aristóteles, siglos y siglos después de que la poesía se practicara en el mundo, como nos advirtió que no todo el que versifica encierra en sílabas la poesía, presentes a sus ojos, si no a su memoria, la cólera de Aquiles y la belleza de Elena y el cuerpo roto de Héctor. Narración, descripción, canto de gloria, lamento, todo podía ser poético y todo cupo en el poema. ¿Qué cabe hoy? Ni siquiera el sonido esplendoroso deja de ser percibido con recelo por unos poetas vigilantes de su palabra que han desarrollado ante el poema los mismos hábitos fiscalizadores que el Estado les ha impuesto en relación con sus ingresos –dinerarios o en especie–, de manera que somos los más celosos recaudadores e inquisitivos inspectores de nuestro propio quehacer. No se admite la inocencia en la poesía, digo la inocencia de presencia del yo. De ahí ese miedo de ciertos poetas a nombrarse, esa permanente fuga entre los sonidos de sus palabras hacia un vacío aniquilador e irresponsable. Pues se confunde responsabilidad con incriminación, se teme que la vida puesta en el poema se revuelva contra el poeta mismo en una sarcástica maniobra de aniquilación. Se inventa, así, a falta de un dios que nos transmita su aliento, una inmensa excusa que lo envuelva todo: la incapacidad de la lengua, olvidando que primero fue el habla, que todo poema es un acto de habla y que no hay más poesía que la que cada acto concreto de habla llamado poema permite alcanzar o encerrar o sugerir. “¿Por qué hablas así?”, preguntan los jueces que arrojan su pestilente aliento contra la nuca del poeta. “Porque la lengua natural que me fue dada es rebelde y mezquina, como una mula llena de mataduras y zaratanes –dice el poeta falso–. ¡ Ah, si una pentecostés consoladora lloviera sobre mi lengua el fuego de otros idiomas, la palabra total, el signo unánime y único del conocimiento entero, mi palabra os aniquilaría!”

Pero la palabra ni justifica ni aniquila. La vida y la muerte juegan sus partidas, muy malas partidas a veces, desoyendo el clamor de los poetas. La injusticia, la guerra, el hambre y el crimen se enseñorean del mundo, mientras el poeta falso se queja de la mala comida, la cama demadiado dura o blanda, los ruidos del hospedaje, el precio de las bebidas y el acecho del vecino, que no pierde ocasión de ponerlo verde cada vez que aparece, en voz o en busto, en cualquier medio de comunicación, a más de la congelación de sus honorarios por las instancias oficiales y el aumento de las retenciones por impuestos. Hombre al fin, y pecador, individuo de mérito de la generación adúltera y blasfema a la que ha sido condenado por la Historia (Némesis ciega y vengativa, aún más venal y temible que la Justicia), acepta las

servidumbres de su oficio, el de poeta, y ha dejado el poder, mas no la gloria, en manos de quienes supone que mejor lo pueden administrar, que no son precisamente ni los teóricos ni los críticos, no menos condenados por la Historia, como él, a ser adúlteros y blasfemos.

La palabra ni justifica ni aniquila, pero sólo tengo la palabra, materia única con la que soy capaz de pensar y de obrar y de fingir. Lo dijo Shakespeare, nos lo recordó Pessoa y convendría que no olvidáramos la sentencia de Antonio Machado: “También la verdad se inventa”. Lo malo es que, en la sociedad y en la poesía de hoy, no parece interesar la verdad, como no interesa la justicia, sustituida por una inquina vengativa, ni interesa la libertad, menospreciada en aras del interés y del gozo del presente. Quise en mi poesía fingir un reino de belleza, sensorial y moral, y aquilatarme en el duro ejercicio de la libertad, desprenderme de los hábitos de siervo que me imbuyeron desde que nací, que se me trata de imponer a toda costa. He renunciado al éxito porque no me quiero siervo, porque la servidumbre de cualquier laya es fea por sí: Y sin belleza moral no hay poesía.

Y reconozco muy bien la belleza, como reconozco la poesía. Si en cuarenta y cinco años de oficio de poeta no he conseguido definir exactamente qué es poesía, qué es belleza, pueden estar seguros, en cambio, de que he adquirido una agudísima capacidad para percibirlos. Sigo creyendo en el amor, en la amistad, la lealtad, la libertad, el respeto al prójimo: y los practico. Por eso me declaro conviviente, pero no tolerante. No tolero el feísmo gratuito ni la incitación al mal degradante (aunque hay una belleza del mal, una grandeza del mal –pero no en los siervos); no tolero la sumisión a ninguna fuerza anónima y ciega, se llame Poder, Divinidad, Historia. No tolero la mentira, acomodación permanente a los modos de hoy. No quiero ser moderno. Sólo quiero, con Vicente Aleixandre, que mi palabra resuene en unos pocos corazones fraternos.

Porque necesito al lector, como necesito al teórico y al crítico y necesito nutrirme de la poesía de los otros. No tengo más que biografía íntima: Este arrebatado de amor, esta placidez de la amistad, estas torturas de las ausencias forzosas, este gozo del poema propio o ajeno, esta alegría del entendimiento arrebatado por la inteligencia de quienes piensan y ahondan y fecundan la condición humana, y la trascienden en una pura invención de verdad más alta. Como Agustín de Hipona, he llegado a saber lo que es la felicidad, a no sentir el cuerpo ni el tiempo: como él, he sabido lo que es la soledad en un vacío lecho antes compartido, y de él he aprendido que las grandes aventuras humanas sólo las vive el hombre interior.

Por eso, amigos míos, debo protegerme en vosotros. Y, ante los demás, callo.

Antonio Carvajal (Prólogo a *Los pasos evocados*)